

CAMINO DE PORTUGAL.

DRAMA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

Don Ventura Ruiz Aguilera.

Representado en el teatro del Drama.

Precio 4 rs.



Madrid.=1849.

IMPRESA DE D. JOSE G. MARQUEZ, CALLE DE LA GREDÁ,
número 3 y 5.



CAMINO DE PORTUGAL.

DRAMA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

Don Ventura Ruiz Aguilera.

Representado en el teatro del Drama.



Madrid.=1849.

IMPRESA DE D. JOSE G. MARQUEZ, CALLE DE LA GREDA,
número 3 y 5.

PERSONAJES.

ACTORES.

JUAN TABERA..	Sr. Fuentes.
EL INFANTE D. ENRIQUE..	Sr. Malli.
MARTIN SANCHEZ.	Sr. Galan.
ALCALDE.	
RONDA Y COMPARSAS..	
UNA VOZ.	

Este drama es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley á quien lo reimprima ó lo represente sin su consentimiento, ó el de los señores comisionados.



T. 1256258

C 71666353

R. 158970

A LOS ALICANTINOS.

La memoria de la franca y generosa acogida que me dispensásteis durante mi destierro, no se borrará nunca de mi corazón. A nadie, pues, mejor que á vosotros podría dedicar este drama, cuyo pensamiento me ha inspirado el estudio de las costumbres de nuestros mayores, entre las cuales descuella La Hospitalidad, como uno de los primeros deberes, como una de las principales virtudes, como el mas elevado tal vez de los sentimientos sociales.

Recíbidle, pues, como una leve muestra de mi eterna gratitud.

Ventura Ruiz Aguilera.

Madrid.—Noviembre 7 de 1849.

REVISTA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE CUBA

La memoria de la Real Academia de Ciencias y Letras de Cuba, en el presente año, se ha dedicado a la historia de la medicina en el país, y a la descripción de los monumentos que se conservan en el Museo de Historia Natural. El Sr. Dr. J. M. Rodríguez, en su memoria, ha tratado de la medicina en el país, y de la historia de la medicina en el mundo. El Sr. Dr. J. M. Rodríguez, en su memoria, ha tratado de la medicina en el país, y de la historia de la medicina en el mundo. El Sr. Dr. J. M. Rodríguez, en su memoria, ha tratado de la medicina en el país, y de la historia de la medicina en el mundo.

Historia de la Medicina en Cuba

ACTO ÚNICO.

Es de noche. La escena pasa en la cocina de Juan Tabera. Aperos de labranza, esparcidos sin orden. En la pared del fondo dos hachas de monte colgadas. A la derecha del actor una chimenea encendida: junto á ella, y frente al público, un escaño, delante del cual hay una mesa con comida. En el fondo una puerta, con un pasadizo detrás, que conduce á la escalera de la calle y á otras habitaciones: al lado de esta puerta un armario. Dos puertas laterales, y á la izquierda una ventana. En un rincón de la cocina, y en el suelo, una trampa disimulada con algunos costales. Al principiar la representacion se oirá ruido de lluvia y viento.

ESCENA I.

JUAN y MARTIN, *sentados al fuego.*

Juan Tabera. ¡Buena noche, por mi vida,
Martin Sanchez!

Martin Sanchez. Si por cierto,
parece que el mismo diablo
anda á vueltas con el cielo.
¡Castigo es de Dios por fuerza!
Si un día mas sigue lloviendo,
no queda un solo sembrado

- en esta parte del reino.
Juan Tabera. ¡Pobres labradores!
Martin Sanchez. Pobres
todos los que obedecemos
á D. Pedro de Castilla,
á ese aborto del infierno.
Juan Tabera. ¡Dále! ¿Tornas á lo mismo?
Martin Sanchez. Señor ¿y os parece cuento?
Mientras sangre de inocentes
riegue el castellano suelo;
mientras lleve la corona
en su frente el rey D. Pedro;
no espigas, rudos abrojos
brotarán los campos nuestros;
y si se cubren de mieses,
de Dios el poder supremo
irritado, largos males
hará descender sobre ellos.
¡Qué cadena de infortunios!
¡Qué tiempos, señor, qué tiempos!
Juan Tabera. Con razon te quejas, Sanchez,
ya no hay humanos respetos,
ni vida que no peligre,
ni hacienda que esté á cubierto.
El rey D. Pedro, insolente
atropella todo fuero;
sus furores no perdonan
pariente, amigo ni deudo;
por el rey arde la guerra,
y no se distingue término
á los desastres que á todos
llenan de espanto y de duelo....
mas él es quien es, y nada
nosotros contra él podemos.
Martin Sanchez. Eso es verdad!
Juan Tabera. ¿Te figuras,
Martin, que, cual tú, no siento
las desgracias infinitas
que hoy aflijen á los buenos?
Martin Sanchez. Harto lo sé; y por lo mismo
á ser mio el hijo vuestro,
no le hubiera yo mandado

con esta noche de perros
en busca del pobre Infante
D. Enrique, a quien D. Pedro,
nuestro rey y hermano suyo,
persigue con loco empeño.

Juan Tabera. ¡Qué quieres! ¡El rey lo ordena!

Martin Sanchez. ¡Ya! con decir: «Yo lo ordeno!»
Mal rayo le parta!

Juan Tabera. Calla;

¿sabes lo que estás diciendo?

Martin Sanchez. Yo me lo sé.

Juan Tabera.

Pues sepúltalo
en lo mas hondo del pecho,
que á muchos con menos causa....

Martin Sanchez. ¡Ya! hoy les mandan al infierno.

Juan Tabera. El Infante, segun dicen,
por aquí pasará huyendo
á Portugal, y orden tiene
el alcalde del Concejo
de salirle con los mozos
mas valientes al encuentro;
y si le hallan, por fortuna,
entregarle vivo ó muerto.
¡Maldito sino es el suyo!

Martin Sanchez. No, pues yo....

Juan Tabera.

¿Qué?

Martin Sanchez. No le entrego.

Juan Tabera. Es que hay pena de la vida
para el que le oculte.

Martin Sanchez. Ya eso

(*Ruido de agua y truenos.*)

es diferente; y si ahora
doy con él, le traigo al cepo,
sin que le valga al Infante
el ser nieto de... su abuelo.

Juan Tabera. Pero ya es tarde, y no viene (*Se levantan.*)

mi hijo Fernan; abriremos
la ventana, á ver si se oyen
sus pasos.... No hay un lucero (*Abriendo la
ventana.*)
en los cielos, y bramando
ronco el huracan sin freno,
desencajar amenaza

- de la tierra los cimientos. (Relámpago.)
Martin Sanchez. ¡Válgame Dios, qué relámpago!
(Santiguándose y retrocediendo.)
por poco me deja ciego.
Juan Tabera. Otro, y otros cien.... parece (Relámpagos.)
el espacio un lago negro,
al través del cual se cruzan
largas serpientes de fuego. (Trueno.)
Martin Sanchez. ¡Sopla! ¡Ahora sí que va buena!
(Bajando á la escena asustado.)
Voz fuera, en la calle. ¡Favor! ¡Ay de mí!
Juan Tabera. ¿Qué es eso?
¿Has oído, Martin Sanchez?
Martin Sanchez. ¿Qué sucede?... (tengo un miedo
que no puedo con el alma.)
Juan Tabera. «¡Favor! ¡Ay de mí!» dijeron.
Martin Sanchez. (Hagámonos el valiente.)
Que os ha alucinado creo
la ecsaltada fantasía
ó de la tormenta el eco.
Juan Tabera. Bien puede ser, mas lo dudo;
esa voz triste, ese acento
parecia ser humano.
Martin Sanchez. ¿Qué humano ni qué embeleco?
¿Sabeis lo que yo discurro,
mi amo?
Juan Tabera. Dilo y sabrélo.
Martin Sanchez. Que hoy es sábado, y los sábados,
como digo de mi cuento,
tienen concilio las brujas,
los duendes y los espectros
en las regiones del aire;
en donde con gritos fieros,
se sacuden, se persiguen,
se dan pellizcos horribles;
juran, maldicen, blasfeman
y se arrancan los cabellos;
y despues que se magullan
solemnemente los huesos,
caballeros, sobre escobas,
toman las de Villadiego
sin decir oste ni moste,

- Juan Tabera.* hasta el sábado primero.
¿Y temes tú á los señores (*Dándole una pal-
duendecitos? mada en el hombro.*)
- Martin Sanchez.* ¿Qué es temellos?
Capaz seré si me apuran
de merendarme un ejército;
(no, pues esta no la alcanza
el mas corredor podenco.)
- Juan Tabera.* Entonces ¿saldrás en busca
de Fernan?
- Martin Sanchez.* (Soy un madero.)
Vaya... iré... un bueno fuera
cenar por de pronto, y luego....
(me ha cogido en el garlito;)
con que Fernan.... (me detesto.)
- Juan Tabera.* Vamos, ánimo, y siquiera
vé hasta la cerca del huerto
á ver si le hallas, que ya
con su tardanza comienzo
á inquietarme.
- Martin Sanchez.* Voy al punto;
pero, señor, os confieso
que á no ser él... ¡Eso si;
un tan gallardo mancebo
no se encuentra en veinte leguas
á la redonda!
- Juan Tabera.* Oh! le quiero
cuanto querer puede un padre;
joven, valiente, discreto,
en el camino del mundo
él solo es mi compañero,
mi único apoyo, mi vida....
- Martin Sanchez.* Ea, pues, salgo corriendo,
y en menos que canta un gallo
le busco, le encuentro y vuelvo. (*Váse.*)

ESCENA II.

JUAN, solo.

¡Cuán feliz soy!... Nada turba

mi dicha; nada el sosiego
de mi casa... Con un hijo
como mi Fernan ¡tan bueno!
con una fortuna holgada
para cruzar el desierto
de la vida, sin disgustos;
solo me falta el contento
de ver á mi hijo Fortun (*Pasos fuera.*)
que dejó el hogar paterno
há seis años, y que debe
de la guerra tornar presto;
acaso esta misma noche...
mas afuera ruido siento.

ESCENA III.

JUAN. EL INFANTE *disfrazado de peregrino.*

El Inf. D. Enriq. Dios os dé dicha sin tasa,
buen hombre!

Juan Tabera. Saber espero
qué se le ofrece al romero
á estas horas en mi casa.

El Inf. D. Enriq. Posada en que descansar
en lo que de noche resta.

Juan Tabera. Como á él le cuadre bien esta,
en ella se ha de quedar.

El Inf. D. Enriq. Es mucha merced.

Juan Tabera. Señor... (*Inclinándose.*)

El Inf. D. Enriq. Sois... labrador? (*Mirando la cocina.*)

Juan Tabera. Bien se vé.

El Inf. D. Enriq. Oficio es honrado, á fé.

Juan Tabera. Tan bueno como el mejor:

Aunque há tiempo que la guerra
no permite el mayor medro,
que se lleva el rey D. Pedro
cuanto produce la tierra.

El Inf. D. Enriq. (¡Aquí se quejan también!)
Mal le quereis...

Juan Tabera. ¿Yo? No tal;
no es que yo le quiera mal,

es que él no me quiere bien.

Pues al darle mi tributo,
doile, porque se me obliga,
todo un año de fatiga
y sudor, en un minuto.

Mas siéntese, que rendido
vendrá; y arrímese luego
al hogar, á cuyo fuego
puede secar el vestido.

El Inf. D. Enriq. Si vuesa merced se empeña... *(Se sienta.)*

Juan Tabera. Convidando está el eseño,
y, gracias á Dios, ogaño
no hemos de llorar por leña.

El Inf. D. Enriq. Va la noche tan oscura
y es tan fuerte el aguacero,
que he perdido mi sendero
de ese monte en la espesura.

(Juan arrima la mesa.)

(¿ Adónde estará mi gente ?)

Juan Tabera. Coma ahora cuanto le pida
el hambre que, por mi vida,
hay provision suficiente.

No de la corte, en verdad,
hallará aquí la grandeza...
pero hay vino, pan, limpieza
y una buena voluntad.

(Se dirige al armario y saca cecina.)

El Inf. D. Enriq. Os lo agradezco y admito.

¡ Famosa es vuestra cocina ! *(Mirando.)*

Juan Tabera. Vaya un trozo de cecina
para abrir el apetito.

(Se lo dá y se sienta; breve pausa.)

El Inf. D. Enriq. ¿ Teneis hijos ?

Juan Tabera.

Tengo dos,
que son de mis ojos luz.

El Inf. D. Enriq. Pues brindo por su salud. *(Bebe.)*

Juan Tabera. Yo quiero brindar por vos.

(Idem, y examinándole con atencion.)

Y cierto, que de manera
de uno es él retrato fiel,
que á no saber quien es él
que mi Fortun es creyera.

Al ver vuestra faz, gozosa
el alma se me estremece,
que á la suya se parece
como á una rosa otra rosa.

Y como á verle á mi lado
esta noche me prevengo,
figúrome que le tengo
ya cerca de mí sentado.

Y... ¿adónde con tan devoto
vestido, llegar codicia?

El Inf. D. Enriq. A... Santiago de Galicia
(Como inventando contestacion.)
en cumplimiento de un voto.
(¡ Si alguno me hubiese visto !
pero no, no puede ser.)

Juan Tabera. Mucho me holgára de ver
el santo Apostol, por Cristo.
Que en riqueza y santidad
dicen que es, con entusiasmo,
si perla de España, pasmo
de toda la cristiandad.

Mas... véole distraido ;
¿ cómo el buen romero así ?
El Inf. D. Enriq. Figurábame que aquí,
en este rincón perdido,

Entre vastas soledades
y montes, no reinaria
la civil cortesania
que reina en nuestras ciudades.

Que tan franca proteccion
á un extraño, tal vez á...

Juan Tabera. Pues dígame ¿por acá
no tenemos corazón ?

El Inf. D. Enriq. (Pláceme oír al villano!)

Juan Tabera. Por aquí en llanura y sierra
no andará un palmo de tierra
sin encontrar un hermano.

Y mientras haya en mi troje
grano, en mi bodega vino,
no pasará un peregrino
sin que aquí coma y se aloje.

• Nunca el bien dejes de hacer ;

nada hay que mejor te cuadre ;
esto me enseñó mi padre,
y, por Dios, esto ha de ser.

No miro á quien doy mi pan,
pues dice el refran: «Haz bien
y no preguntes á quien»
y yo me atengo al refran.

Y tranquilamente así
en gozo y en dicha medro,
tal, que el mismo rey D. Pedro
tuviera envidia de mí.

El Inf. D. Enriq. Castilla gran fama goza
de hospitalaria!

Juan Tabera. No sé;
mas ningun huésped se fué
descontento de mi choza.

El Inf. D. Enriq. Pues tanto el romero os debe,
saber el nombre quisiera....

Juan Tabera. ¿Cuál? ¿Mi nombre?... *Juan Tabera.*

El Inf. D. Enriq. Por muchos años lo lleve.

Juan Tabera. Se encontrará fatigado,

(Levantándose. Al levantarse el Infante se descubren en su esclavina algunas manchas de sangre.)

y es hora de reposar...

mas ¿qué acabo de mirar ?

de sangre tiene manchado

el traje ; sangre reciente...

¿Qué es esto? (Si aquel gemido!...

Oh! no me engañó el oído!)

Respóndame prontamente,

¿Qué es esto?...

El Inf. D. Enriq. (Perdido soy!)

Esto es ser de la fortuna
débil juguete, pues á una
todas las desgracias hoy
contra mí se conjuraron.

Compañero del Infante
soy, á quien hace un instante
sus caballeros salvaron.

Derecho va á Portugal,
huyendo de los rigores
de su hermano, á quien traidores

viles aconsejan mal.

Dura refriega se armó
cerca de aquí sin que atine....
y viéndome solo, vine
amparo á pediros yo.

Juan Tabera. Eso es todo, labrador;
ahora entregadme á la ley.
Pues qué consejo yo al rey,
que así me llama traidor?

Descanse en mi fé sincera,
pues antes—si de ella fia—
que hacer una alevosía
se matará Juan Tabera.

El Inf. D. Enriq. Oh! si alguna vez el hado
me es propicio—estad tranquilo—
no he de olvidar el asilo
que esta noche me habeis dado.

Juan Tabera. ¿Pues no dije ¡voto á San!
que dice el refran «Haz bien
y no preguntes á quién,»
y que me atengo al refran?

Si riqueza piensa darme,
soy rico: ¿hombres? oh! no;
como sepa honrarme yo
nadie mejor ha de honrarme.

¡ Bueno estaria un villano
que nació en humilde grey,
adulando al señor rey
en traje de cortesano!

Y, dando tormento á el alma,
verle, pues cosa es precisa,
vender por una sonrisa
honor, albedrio y calma!...

Déjeme, déjeme estar,
que aquí tan libre me siento (*Pasos fuera.*)
como el pájaro en el viento
y como el pez en la mar.

Pero calla... en la escalera
anda gente... si... no hay duda. (*Reconocien-*
do.)

El Inf. D. Enriq. ¡ Del cielo el favor me acuda!
Juan Tabera. Le acudirá Juan Tabera, (*Se acerca á la*
si le persiguen. (*trampa.*)

El Inf. D. Enriq.

Oh! si;

no son sueños ni ilusiones.

Juan Tabera.

Pues baje cinco escalones,

(*Abre la trampa.*)

y que le encuentren ahí.

(*Baja el infante y se cierra la trampa.*)

ESCENA IV.

JUAN. EL INFANTE *escondido*. MARTIN.

Martin Sanchez. Señor! señor! (*Asustado.*)

Juan Tabera.

¿Vienes solo?

Parecióme haber oído....

Martin Sanchez.

Solo vengo, así lo creo,
á no ser que algun espiritu,
un alma del otro mundo....

(*¡ay no sé como decirselo!*)

(*Mirando hácia la puerta.*)

Juan Tabera.

¿Por qué te inquietas? ¿qué tienes?

Martin Sanchez.

Señor... si le hubieseis visto,
como yo, nadando en sangre,
en la mitad del camino...

Juan Tabera.

¿Sangre dices? Habla pronto
ó me harás perder el juicio.

Martin Sanchez.

¿Pues no he dicho que Fernan....

Juan Tabera.

¿Fernan?... acaba... ¿no has dicho (*Agitado.*)
que Fernan.... ¡no será nada!

¿es verdad? solo has querido
asustarme... es imposible
que fuese mi hijo ¡Dios mio!

Martin Sanchez.

Al resplandor de un relámpago
he podido distinguirlo
apenas, atravesado
en la vereda....

Juan Tabera.

Oh! el gemido

que oí... aquel triste lamento,
la sangre del peregrino....

Dios mio! él es... mi Fernan; (*Con exaltacion.*)
vamos, Martin, en su auxilio,
corramos sin perder tiempo

á buscarle.... mas preciso
es quedarme, que ese hombre,
que aquí me arrojó el destino,
viéndose ya solo y libre
huiría de mi castigo.

Martin Sanchez. Señor ¿estais delirando?

Juan Tabera. Oh! no, Martin, no deliro:
sangre por sangre, la suya
labará la de mi hijo.

(Se dirige á la trampa y se detiene.)

Martin Sanchez. Pero adónde vais?

Juan Tabera. No sé;

le he de matar; necesito
el corazon arrancarle
sin piedad... ¡ay! desvarío.

¿No está en mi casa? ¿No acabo
de dársela por asilo?

Sí. Pero esa sangre clama
venganza, muerte, esterminio,
é hirviendo salta á mis ojos
y me ciega... ¡Oh! ¡qué martirio!

¿Y la palabra que he dado?
quebrantarla fuera indigno
de mi honor; mancillaria
mi nombre y este recinto....

Ah! ¿dices que nadie viene?

(Como si le ocurriese una idea repentina.)

Martin Sanchez. A nadie se oye.

Juan Tabera. Respiro.

Quién tiene veremos ahora,
mejor fortuna, ó mas brio. *(Abre la trampa.)*

Martin Sanchez. ¿Qué estais haciendo?

Juan Tabera. Silencio:

Yo sé lo que hago.

Martin Sanchez. No chisto.

Juan Tabera. Caballero, ya le aguardo;
(Inclinándose un poco á la boca de la trampa.)

Suba, pues, que no hay peligro,
y he de hablarle unos instantes
aquí arriba sin testigos.

(Hace seña á Martin de que se vaya.)

ESCENA V.

JUAN. EL INFANTE, y MARTIN *que sale diciendo los primeros versos.*

Martin Sanchez. (¡Hola! hola! ¿Estas tenemos?
Me alegro, por vida mía;
si hay misterio, lo decía!
pero, en fin, ya lo veremos.) (*Vass.*)

El Inf. D. Enriq. Buen labrador, ya os escucho.

Juan Tabera. Pues conteste con cuidado,
que, ó yo estoy equivocado,
ó habrá de importarle mucho.

El Inf. D. Enriq. La verdad es diré yo.

Juan Tabera. Según lo que se habló aquí,
¿a un hombre ha matado?

El Inf. D. Enriq. Sí.

Juan Tabera. ¿A traicion le mató?

El Inf. D. Enriq. No.

Salióme el paso á estorbar
do se cruzan tres senderos,
chocaron nuestros aceros
y me tocó triunfar.

En la niebla condensada
despareciendo mi gente,
solo me ví de repente
y os vine á pedir posada.

Y á no ser quien sois, difunto
por tales preguntas hoy....

Juan Tabera. Pues.. porque yo soy quien soy
de ese modo le pregunto.

¿Sabrá, pues, quien es el muerto?

El Inf. D. Enriq. Que su padre sois, colijo.

Juan Tabera. Dice bien, ser debe mi hijo
pues una lágrima vierto.... (*Pausa.*)

Ahora bien; ya destruida
de mi dicha la esperanza,
yo necesito venganza,
yo le arrancaré la vida...
(*Movimiento del Infante.*)

A disculparse va en vano,
pues juro por el abismo
que le matara lo mismo
si fuera mi propio hermano.

El Inf. D. Enriq. Qué! ¿en vuestra casa, quizá
á traicion...

Juan Tabera. El se reporte,
que yo nunca fui á la córte:
me estoy muy bien por acá.

El Inf. D. Enriq. (Ya su cólera me irrita!)

Juan Tabera. Mientras esté aquí, le juro
que se hallará tan seguro
como en la iglesia bendita.

Mas ahorrémonos razones,
y ya que solos estamos,
solos al campo salgamos
que no admito dilaciones.

El tendrá oculta su espada,
y para un duelo leal
fáltame á mí un arma igual....

Ya no. (*Viendo las hachas, que descuelga.*)

El Inf. D. Enriq. (¡Suerte desdichada!)

Pero oid. (*Truenos y relámpagos.*)

Juan Tabera. No puede ser;

en mis ideas me aferro;
con estas hachas de hierro
allá nos vamos á ver.

Solos serémos los dos,
el.. buen romero y el payo;
sin mas luz que la del rayo,
sin mas testigo que Dios.

El Inf. D. Enriq. Pero ¿en quién soy no repara?

Juan Tabera. ¿Quién es, pues? pronto se esplique.

El Inf. D. Enriq. El Infante D. Enrique,
el Conde de Trastamara.

Juan Tabera. Ah!
(*Como confundido por esta revelacion; des-
pues repuesto y erguida la frente.*)

Bien; ¿y qué tengo yo
con vos?.. Seguiré adelante
aunque fuéseis mas Infante
que el mismo que los fundó!

El Inf. D. Enriq. Llegásteis á imaginar
(es ya mucha villanía)
que un Infante reñiría
con quien no le ha de igualar?

Juan Tabera. En qué, señor? pues no os cedo
en corazon, y honradez,
y lealtad... con que ved
si igualarme con vos puedo.

El Inf. D. Enriq. Me admira vuestra altiveza,
no sé quien dáros la pudo,
y os perdono, porque dudo
si heis perdido la cabeza.

Juan Tabera. Oh! si, bien lo sabe Dios,
y héla perdido del todo,
que á suceder de otro modo
de ese no me hablarais vos.

Nacisteis en alta esfera,
mas sabed que en este instante
no sois mas, señor Infante,
que el labrador Juan Tabera.

Ya lo he dicho; y ¡por cien truenos!
discurro al veros demas,
que no solo no sois mas
que yo, sino que sois menos.

Dejad á un lado los nombres
si os place, ó no los dejéis;
pero bueno es que mireis
que aquí no hay mas que dos hombres.

Y si aun pensais resistir
con ese altanero alarde,
diré que sois un...

El Inf. D. Enriq. Cobarde
pienso que ibais á decir.

Juan Tabera. Eso mismo.

El Inf. D. Enriq. ¡Y le escuché!

Juan Tabera. Veo que lo adivináis.

El Inf. D. Enriq. Pues porque no lo digais
el alma os arrancaré.

(Quitándole de la mano un hacha.)

Juan Tabera. Sin tardanza á verlo vamos,
pues por Cristo que ya es hora.

El Inf. D. Enriq. A verlo vamos ahora.

Juan Tabera. Pues salgamos.
El Inf. D. Enriq. Bien, salgamos.

ESCENA VI.

Dichos. MARTIN.

Martin Sanchez. Deteneos, que os conviene. (*A Juan*)
Juan Tabera. ¿Qué dices? ¿pues qué revés?...
Martin Sanchez. Lo que digo, señor, es
que aquí la justicia viene.
Juan Tabera. ¿Qué has ido á hacer, miserable?
Martin Sanchez. ¡Bueno es esto! Cantar claro.
Juan Tabera. Por Dios que te saldrá caro.
Martin Sanchez. He descubierto al culpable,
De Fernan al asesino;
y en ello, señor, creia
serviros bien, á fé mia.
Juan Tabera. Pues has hecho un desatino. (*Reflexionando.*)
Vendránle pronto á buscar
y... no hay temor; bien; te advierto
que te has de estar como un muerto,
nada, ver, oír y callar.
Martin Sanchez. Lo haré así, pues lo mandais.
(¿Quién diablos será ese hombre?)
Juan Tabera. Caballero, no os asombre
lo que ver aquí podais. (*Cuelga las hachas.*)
El Inf. D. Enriq. Nada mi mente imagina.
Juan Tabera. Bueno, ya se hallará modo....
mas conviene antes de todo
que os quiteis vuestra esclavina.
El Inf. D. Enriq. Si es eso lo que desea...
(*Se quita el sombrero y la esclavina, que guarda Martin vol-
viendo á la escena.*)
Juan Tabera. Ya vendremos á esplicarnos,
pero vamos á sentarnos
al pie de la chimenea. (*Se sientan.*)
Ahora les aguardo, pues; (*Ruido de pasos.*)
no deben de tardar mucho;
sin duda ellos son, ya escucho
el ruido que hacen sus pies.

ESCENA VII.

Dichos. ALCALDE Y RONDA.

Juan Tabera. (Aquí están... ¡Dios me dé fuerzas
para poder dominarme,
y apagar el rudo incendio
que dentro del pecho arde!)
Habla, Fortun; tus hazañas

(*Al Infante, haciendo un violento esfuerzo, que, sin embargo,
no deberá quitar á la transición su naturalidad.*)
una por una relátame;
ya sé que has sido un valiente
y lo que tu espada vale.

El Inf. D. Enriq. ¡Cómo! (*A Juan, sorprendido.*)

Juan Tabera. Si habláis nos perdemos. (*Al Infante.*)
¡Cuántos trabajos! qué afanes (*En voz alta.*)
habrás pasado en la guerra
contra los perros alarbes,
que nuestros campos destruyen
y queman nuestros altares!

Martin Sanchez. (Le miro... y lo creo... y dudo...)
(*Observando al Infante.*)

Juan Tabera. Ah! perdone el buen Alcalde
(*Como reparando en el Alcalde y la ronda, que se adelantan.*)
si en el colmo de mi... gozo
en algo pude saltarle. (*Se levantan.*)
Mirad, es Fortun, mi hijo,
(*Señalando al Infante.*)

que mas de seis años hace
en los campos de batalla
contra los moros combate.
Oh! Dios se apiada de mí,
á buen tiempo me le trae,
pues sin él ya me seria
la existencia insoportable.

Alcalde. ¿Con qué es Fortun?... si... es él mismo;
(*Mirando con cuidado al Infante.*)
¡y vos que desesperábais
de verle!... pero otro asunto

- aquí nos guía.
- Juan Tabera* Miradle, (*Desentendiéndose.*)
 no hay en las huestes del rey
 soldado que se le iguale.
 ¡Pobre Fernan, que esperaba
 en sus brazos estrecharle!
 Ha poco, esta misma noche,
 antes del funesto lance,
 hablábamos de Fortun
 entrambos... mas ¡ay! cuán frágiles
 son los juicios de los hombres!
 El mas leve soplo abate
 de las dichas de este mundo
 los castillos deleznales!
 Mas juro á Dios, que este mozo
 vengará su propia sangre:
 ¿Es cierto, Fortun?
- El Inf. D. Enriq.* Es... cierto.
 (Oh! el sacrificio es muy grande, (*A Juan.*)
 yo no puedo consentir...)
- Juan Tabera.* (Callad, vive Dios, dejadme,
 que ya arreglaremos cuentas.)
- Alcalde.* Justamente sobre el lance
 de esta noche aquí venimos;
 pues confiesa Martin Sanchez
 que se oculta en esta casa
- (*Se agita Juan, mirando al Infante. Ruido de agua y truenos,
 que cesa cuando ya no lo marcan los versos.*)
- Juan Tabera.* ¡Qué escucho! pronto, al momento
 corramos por todas partes;
 y tú tambien con nosotros, (*Al Infante.*)
 y tú tambien en su alcance.
 ¿No oyes del alma en el fondo
 una voz inexorable,
 que está pidiendo venganza,
 continua, sorda, incesante?
 ¿No se presenta á tus ojos
 mi Fernan nadando en sangre,
 con la postrera mirada
 fija sobre tu semblante?
 ¿No ves cual tiende los brazos,

y cual sonrie llamándome,
como si yo solo fuese
de las venganzas el ángel?

Oh! ven; la noche es horrible;

(Asiendo al Infante por un brazo, y mirándole con una expresión horrible y particular.)

el agua á torrentes cae;
el huracan ronco zumba
del monte en las soledades....

Mas yo al cielo desafío,
y si el infierno ocultase
al asesino, al infierno
iría tras él tu padre.

(Oísteis? tras el asesino (Al Infante.)
caminaré infatigable!)

Alcalde.

Siento mucho haber venido
á estas horas á inquietarle;
pero registrar me es fuerza
esta casa, donde es fácil
se halle quien mató á Fernan,
segun sospechas muy graves.

Juan Tabera.

Comenzar puede el registro,
que yo no habré de estorbarle.

Alcalde.

Entro, pues, con su licencia.

(Dirigiéndose á la habitacion de la derecha.)

Juan Tabera.

En buen hora, y si le halláreis....

Alcalde.

¿Qué?

Juan Tabera.

(¡Sufre, corazon mio!)

Mas no encontrareis á nadie,
imposible es que á mi casa
haya venido á ocultarse.

Alcalde.

Cuando os digo que hay testigos
que le han visto deslizarse
por la tapia... en fin, seguidme,
y ¡ay de él como yo le atrapel (En'ran.)

ESCENA VIII.

MARTIN, solo.

¿Entiendes tú estos misterios?

¿Los entiendes, Martin Sanchez?
Primero, como una furia
pareció que iba á tragársele;
despues dice que es su hijo
á causa de ser... su padre,
y siendo su padre es... vamos,
soy un pollino, un salvaje!

ESCENA IX.

MARTIN, y los demas.

Alcalde. Ahí no hay nada.

Juan Tabera. Pasaremos

á esotra, aunque será en valde.

(Señalando á la habitacion de la izquierda.)

Alcalde. Yo he de cumplir con mi oficio.

Juan Tabera. Cumpla, pues, como le agrade. (Entran.)

ESCENA X.

MARTIN, solo.

Nada! no doy con un hilo
que con ventura me saque
de este enredo, ni la... ¡calla!
paréceme que ya salen.

ESCENA XI.

MARTIN, y los demas.

Alcalde. No se encuentra ni un indicio.

¿Y aquellas señas mortales... (A Martin.)

Martin Sanchez. Pero, señor, yo pensé...

Juan Tabera. ¿Qué pensabas?... adelante. (Con intencion.)

Martin Sanchez. Que era Fortun... (Mirando al Infante.)

Juan Tabera. (Si le pierdes (A Martin.)

por muerto puedes contarte.)

Martin Sanchez. Ya se vé! yo entré de pronto...
sin preguntar ni informarme...
y como nada sabia,
ni su rostro ni su trage
recordaba mi memoria,
verle aquí y salir á escape
á dar cuenta á la justicia
todo fué obra de un instante.

Alcalde. ¿Con qué, por lo visto, el hombre
que aquí se entró?...

Juan Tabera. No entró nadie
por la puerta de mi casa,
sino es Fortun.

Martin Sanchez. ¡Figurábame!...
¿es verdad que muchas veces
me figuro cosas tales!

Alcalde. Este muchacho está loco ;
el diablo contigo cargue.
Dios le guarde, Juan Tabera,
y resignese, que en valde
es el llanto cuando son
las penas irremediables.

(*Vase la ronda con el Alcalde y Martin*)

ESCENA XII.

EL INFANTE, JUAN.

El Inf. D. Enriq. ¡Cuánto os debo!

Juan Tabera. No por Dios ;
que mientras pueda hospedaros
ni estraños han de ultrajaros,
ni yo vengarme de vos.

Mas solo un paso que deis
mas allá de aquese umbral,
esa será la señal
del duelo que no quereis.

El Inf. D. Enriq. ¿Os empeñais todavia?

Juan Tabera. Con tal empeño que, ó sueño,
ó antes que yo á tal empeño
faltará la luz al dia.

El Inf. D. Enriq. Bien, me dejaré dar muerte ;

- Juan Tabera.* contra vos yo no me bato.
Pues yo de seguro os mato,
D. Enrique, se os advierte.
- El Inf. D. Enriq.* ¿Despues de lo que habeis hecho
por mí?
- Juan Tabera.* Pues! por eso mismo.
- El Inf. D. Enriq.* En confusiones me abismo
al mirar vuestro despecho.
¡Qué por fuerza haya de ser
á vuestro buen porte ingrato!
- Juan Tabera.* Dijeos que de cierto os mato
si no os quereis defender,
Decida nuestro destino
frente á frente nuestro acero,
no intenteis de caballero
convertirme en asesino.
- El Inf. D. Enriq.* Me espanta y me maravilla
tal terquedad!
- Juan Tabera.* No os espante;
que somos, señor Infante,
muy tercios los de Castilla.
- El Inf. D. Enriq.* Sobrada paciencia tuve;
vamos, pues por Dios sintiera
(*Ruido de pasos.*)
que cobarde me creyera...
- Juan Tabera.* Esperad; que gente sube.

ESCENA XIII.

Dichos; MARTIN y dos comparsas conduciendo una camilla, que atravesará un pasadizo que hay, donde se supone que termina la escalera. Juan vuelve la cabeza hasta que pasa la camilla, la cual no entrará en la escena. Los cuatro primeros versos con mucha pausa.

- Juan Tabera.* Ah! su cadáver es... sí!
¡no sé lo que por mí pasa!
¡Dios de Dios! aun está en casa,
(*Mirando al Infante.*)

y aun respira, pesiamí!
Tened, porque, en conclusion,
(Al Infante que se aproxima para consolarte.)
bueno será que os recuerde,
que un paso que deis os pierde
y será mi perdicion!

ESCENA XIV.

Dichos, MARTIN precipitado.

- Martin Sanchez.* ¡Albricias, señor, albricias!
estoy loco de contento!
- Juan Tabera.* ¿Qué dices, Martin?
- El Inf. D. Enriq.* (Aliento!)
- Martin Sanchez.* Que os traigo buenas noticias.
- Juan Tabera.* ¿Qué es de Fernan?
- Martin Sanchez.* Teneis hijo.
- Juan Tabera.* ¿Cómo así?
- Martin Sanchez.* ¡Toma! así cómo.
- Juan Tabera.* Acaba, pues, no seas plomo.
- Martin Sanchez.* Que teneis Fernan de fijo.
Despues del lance pasado
que le hizo morder el suelo,
sin que le acuda un consuelo
allí quedó abandonado.
Y con herida tan brava
sobre su brazo, y tan rota,
que á tardar mas, gota á gota
con toda su sangre acaba.
Mucha perdió, desmayóse
de verte yo al mismo punto
y túvele por difunto;
mas se recobró y salvóse.
Y mientras yo con el miedo
vine aqui como un lebrel...
otros cargaron con él,
le trageron y lau dedo.
- Juan Tabera.* ¡Oh! perdon para el villano!
(Arrojándose á los pies del Infante.)
- El Inf. D. Enriq.* De el suelo os habeis de alzar,

que mas alto debe estar
tan honrado castellano.

Martin Sanchez. (Cuélguenme si les entiendo!)

Juan Tabera. Perdonadme mi locura;
tal era mi desventura
que el sentido iba perdiendo.

Así, (pues no es tanto el mal
que produjo vuestra espada,
y la noche va avanzada,
y habeis de ir á Portugal);

Martin, el *Aguila* ensilla
y no deje mal su apodo,
que se va á llevar á todo
un Infante de Castilla.

Oh! os salvará, cierto estoy,
aunque no sienta la espuela,
que un relámpago no vuela
como el caballo que os doy.

El Inf. D. Enriq. ¿Eso mas? Ya, Juan Tabera,
es de lealtad esceso.

Juan Tabera. No os pudiera dar mas que eso,
D. Enrique, aunque quisiera.
Martin vá con vos.

Martin Sanchez. (¡Ay triste!)

Juan Tabera. El os guiará á la raya.

Martin Sanchez. (¡Qué siempre á estas cosas vaya!
¡En hora mala naciste!)

El Inf. D. Enriq. ¿Y á la córte no habeis de ir,
si el trono conquistó un dia?

Juan Tabera. No, porque á la córte iría,
señor Infante, á sufrir.

Labrador soy; labrador
he nacido; conque así
bien estaremos yo aquí,
vos en la córte, señor.

Ah! si supiérais qué paz
en estos campos se goza,
pronto os viera yo en mi choza
de vuelta de la ciudad.

No os envidio, no por Dios,
del trono el fulgor extraño...
sentado en yo este escaño

seré tan rey como vos.

Ya os lo dije, aquí he de estar;
que aquí tan libre me siento,
como el pájaro en el viento
y como el pez en la mar.

El Inf. D. Enriq. Está bien, ya no porfio ;
pero dos hijos teneis
y espero que les dareis
un solo recuerdo mio.

Juan Tabera. Prenda será muy preciada
si es de vos.

El Inf. D. Enriq. Vale algo, á fé,
pues de Alfonso la heredé,
mi padre; vedla... esta espada.
(*Le da la espada.*)

Juan Tabera. Mal, señor, la merecí.

El Inf. D. Enriq. Si un día cambia mi estrella,
paso se abrirá con ella
quien la lleváre, hasta mí.

ESCENA ULTIMA.

Dichos. MARTIN.

Martin Sanchez. Dispuesta está la partida.

Juan Tabera. Pues no hay tiempo que perder;
salid de aquí á mas correr,
y Dios guarde vuestra vida.

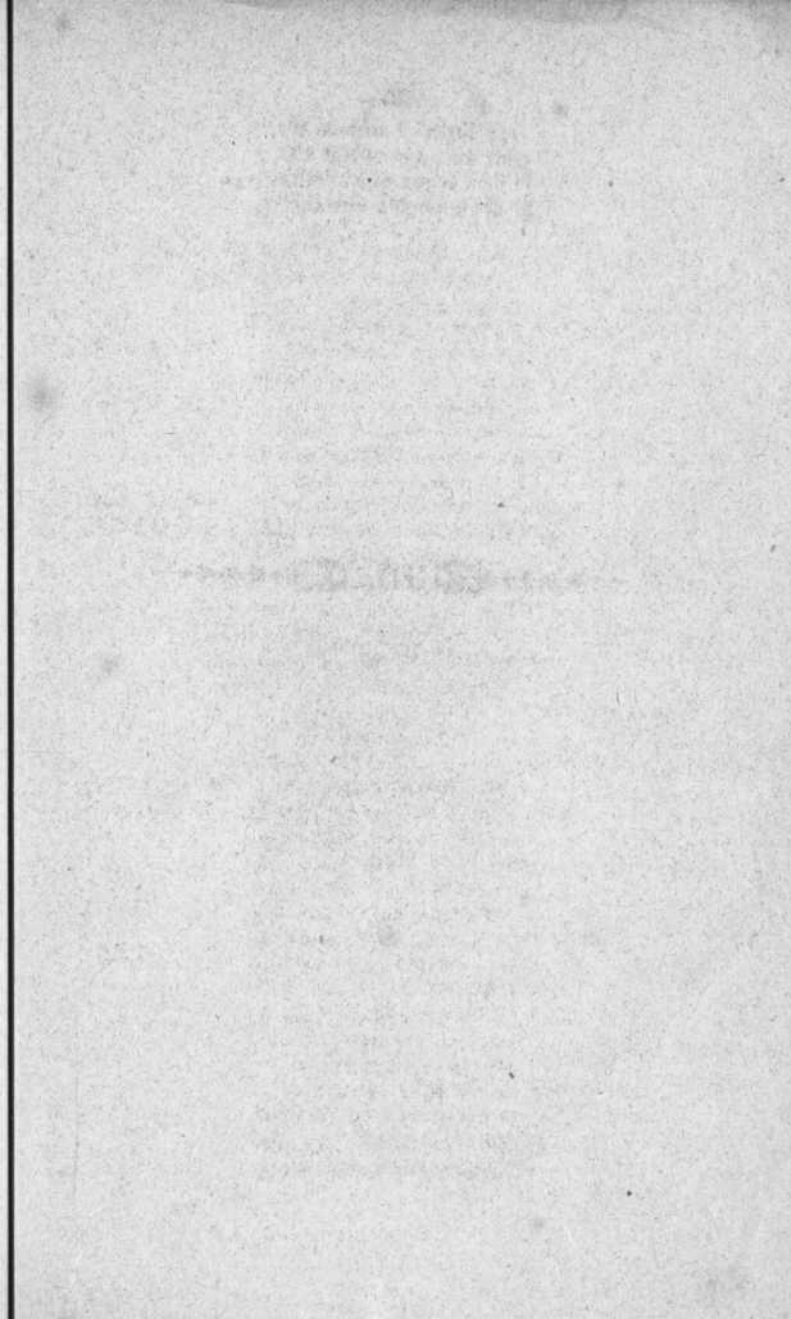
España por vos está,
del rey odia la ley dura;
y cuando un pueblo murmura...
alguna razon tendrá.

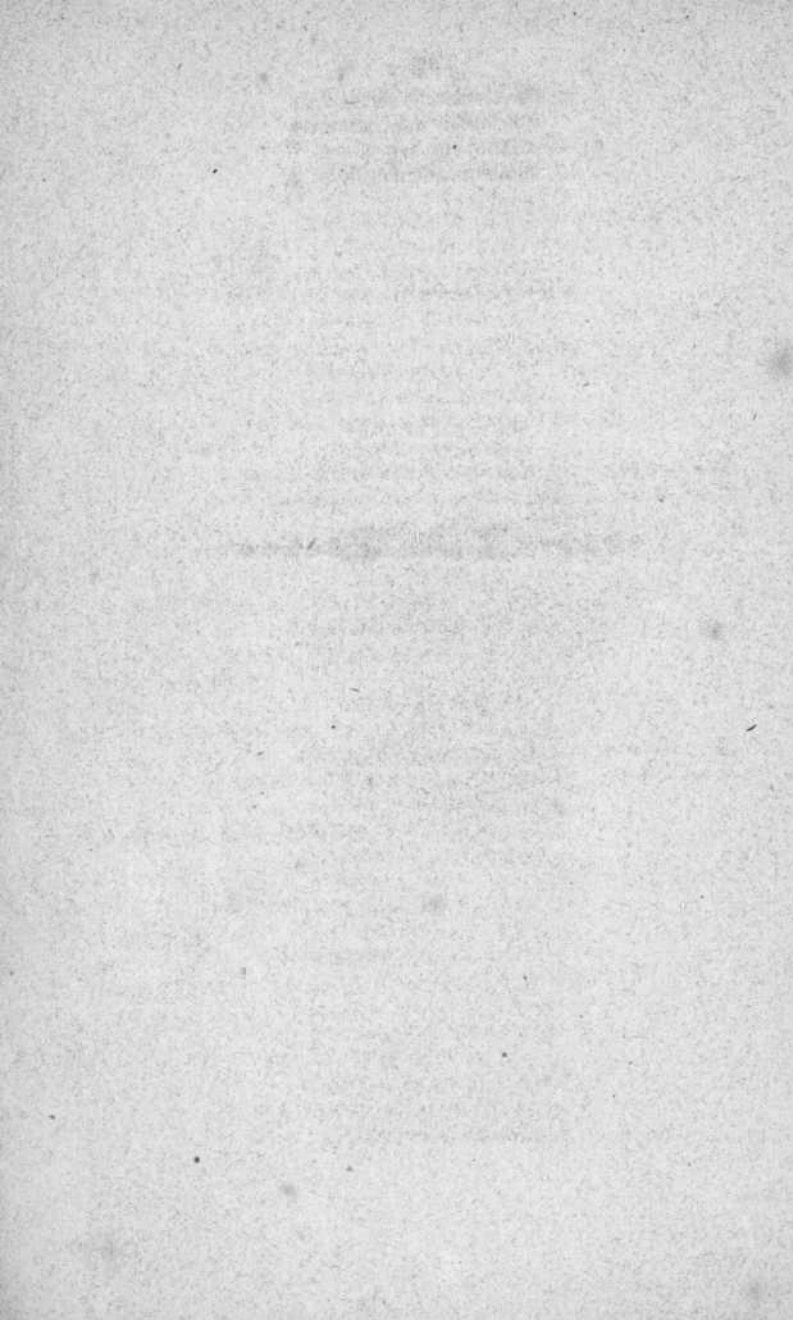
Sobre el nuestro yugo fiero
pesa, y su suerte maldice;
no soy yo quien os lo dice...
os lo dice el reino entero.

Así, pues, la gloria os siga :
¡ojalá que en todas partes
alcen por vos estandartes,
es aclame gente amiga!

¡Y luzca el ansiado sol,
para que, con virtud alta,
le deis la paz que le falta
al noble pueblo español!









Obras del mismo autor.

Poesías.—Tomo I, *Ecos Nacionales*, segunda edición. Se vende á 47 rs. en las principales librerías del reino.

Poesías.—Tomo II, *Sátiras*. Al mismo precio.

Un Conspirador de á folio, novela político-burlesca. Un tomo, edición ilustrada, 8 rs.

Una boda en el infierno, folleto satírico-burlesco, 6 rs.

Europa marcha, ó sea análisis filosófico de la historia del progreso europeo antiguo y moderno, y de la revolución de 1848, por D. Agustín Mendia y D. Ventura Ruiz Aguilera. Un tomo de 600 páginas, 20 rs.

Bernardo de Saldaña, drama histórico-tradicional de D. Franco Cea y D. Ventura Ruiz Aguilera.

No se venga quien bien ama. Comedia de D. Eugenio Rubi y D. Ventura Ruiz Aguilera.

Camino de Portugal, drama en un acto en verso, por D. Ventura Ruiz Aguilera; 4 rs., dirigiéndose con el nombre del autor á la calle de las Infantas, num. 8, cuarto principal.